

PRESENTACIÓN DE LA BIBLIOTHECA SCRIPTORVM GRAECORVM ET ROMANORVM MEXICANA

En la XXVI Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería, se llevó a cabo la presentación de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana el domingo 6 de marzo de 2005. En ese acto participaron los profesores César González Ochoa, José Molina Ayala y María Patricia Villaseñor Cuspinera, así como Pedro C. Tapia Zúñiga, quien fungió como moderador de la mesa. En las siguientes páginas se publican las palabras que pronunció cada uno de ellos. (BRC)

Palabras de Pedro C. Tapia Zúñiga

Vamos a presentar —mejor dicho, a re-presentar— la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana: vamos a hablar un poco de esta Colección. Están con nosotros —en estricto orden alfabético— el doctor César González Ochoa, el maestro José Molina Ayala y la maestra Patricia Villaseñor Cuspinera. En seguida los presentaré, a uno por uno; por lo pronto, valga adelantar que, en sus manos, nuestra Bibliotheca está en buenas manos. A pesar de ello, me permito unas palabras, esperando que ellas den algo de contexto a los textos o a las palabras que escucharemos.

Los escritores griegos y latinos de que se ocupa esta biblioteca están, para bien o para mal, bajo la etiqueta de “Clásicos”. Al principio de nuestra literatura, es decir, al principio de la literatura occidental, hablar de “clásicos” era hablar de escritores griegos y latinos; actualmente, y con razón, hay que especificar un poco: “clásicos” griegos, “clásicos” latinos, “clásicos” ingleses, alema-

nes, italianos, españoles, rusos, etcétera. Se trata de “clásicos universales”. ¿Qué son los clásicos? Hablamos de “clásicos” para referirnos a obras que, por sus cualidades, se apartan de los *ismos*, de obras que —hablando a la manera de radio 620— llegaron para quedarse.

A las obras de los autores clásicos griegos, se les suele comparar con la diosa Atenea, que nació bien armada de la cabeza de Zeus; o con Afrodita, que nació bellísima de las espumas del mar. Se dice que los clásicos grecolatinos —sobre todo los griegos— crearon los géneros literarios, no algunos, sino casi todos: son pocos los nombres que hay que añadir a las listas que nos dejaron.

Tanta perfección, insuperable, resulta sanamente sospechosa. ¿Quién dice que una obra literaria o, en general, una creación artística es clásica, o entra al catálogo de los clásicos, y que debe ser vista o leída así, como clásica, y —lo peor del caso— que tiene que gustarnos? La canonización puede ser una amenaza para las obras clásicas, grecolatinas o universales: a partir de la canonización, dichas obras ya no se programan porque tienen estas y aquellas virtudes, sino, simple y desafortunadamente, porque son clásicas. Pero, ¿por qué tiene que gustarme lo que les gustó a otros? ¿Por qué nuestros jóvenes de secundaria y preparatoria están obligados a unas lecturas que sana y normalmente pueden estar fuera de sus intereses juveniles? En este proceso, no es raro que —poco a poco, como se dan los cambios serios— el concepto de clásico pase a ser sinónimo de aburrido...

No hay que espantarse: este abusivo, nefasto y mal uso de los autores clásicos no es algo nuevo. Se ha dado desde siempre, cada siglo, y comenzó durante la época helenística (siglo III a. C.): los jóvenes de esos tiempos tenían tras de sí a los viejos clásicos griegos que se programaban como obligatorios. Unos siglos después sucedió lo mismo entre los latinos que, además de los viejos clásicos, tenían como obligatoria la lectura de los clásicos alejandrinos.

Totalmente en contra de lo que los griegos y los latinos pensaban y sentían de su literatura, se llegó a creer que sus obras eran “sagradas”, igual que la Biblia, y que, como tales, debían leerse con reverencia y traducirse literalmente, a fin de respetar y conservar la verdad de sus mensajes... No es nueva, pues, ni sin razón, la visión literalista de nuestra Bibliotheca Scriptorum Graecorum et

Romanorum Mexicana. No es nuevo el decir: “pobres clásicos y pobres de los lectores que no saben griego o latín”; también se ha dicho que los clásicos, “puestos en idiomas modernos, suelen hablar como unos tontos, o como inválidos del habla y tullidos de la expresión”.

Gracias a traducciones hijas de la fidelidad a los sacrosantos originales, o gracias a la genial originalidad de los clásicos greco-latinos, o gracias al carácter obligatorio con que se programan sus lecturas, los lectores huyen. Ya de por sí, el tráfico de nuestro siglo y de su burocracia, y sus miles afanes dejan poco espacio para la lectura. Cuando finalmente lo encontramos, en general buscamos una lectura agradable, no una que se nos imponga con base en cánones que no nos importan y, por lo mismo, tienen poco o nada que decirnos.

Difícilmente podrán decirse peores cosas de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, y a pesar de eso, podríamos hablar horas y horas argumentando sus bondades. Algo de esto van a escuchar en seguida. Al final podremos ir más lejos: oigan, apunten, pregunten. Si algo tienen los maestros que nos acompañan es un espíritu abierto, sincero, crítico, juvenil; afectísimos de los clásicos grecolatinos y de nuestra Bibliotheca, pero no menos amantes de su verdad. Valga, desde aquí, una palabra para mis colegas, los profesores de literatura clásica grecolatina: no argumentemos que la obra es buena y tiene que gustarnos porque es clásica; al contrario, mostremos sus virtudes y hagamos que los alumnos la disfruten al grado de que sean ellos quienes concluyan diciendo: qué bueno y hermoso es ese texto, parece clásico...

CÉSAR GONZÁLEZ OCHOA es ingeniero en Electrónica y doctor en Arquitectura por la Universidad Nacional Autónoma de México, es profesor de semiótica en el Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y estudioso de la historia de la cultura a través de autores clásicos como Platón, Euclides y Vitruvio; medievales como Juan de Salisbury y Alano de Lille, y modernos como Peirce, Foucault y Habermas... Si, después de lo que nos diga, quieren saber algo más de César González, les recomiendo su libro *La música del universo (apuntes sobre la noción de armonía en Platón)*, México, 1994, Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos 33, Instituto de Investigaciones Filológicas, y su artículo “Tres

enigmas aritméticos de Platón”, publicado en la revista *Noua tellus: Anuario del Centro de Estudios Clásicos*, 1998, páginas 27-56. El año pasado, en 2004, publicó *La Polis (ensayo sobre el concepto de ciudad en Grecia antigua)*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Seminario de Poética, Colección de Bolsillo, número 22.

El maestro JOSÉ MOLINA AYALA hizo sus estudios de licenciatura y de maestría en Letras Clásicas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Su tesis de licenciatura se titula “Jámblico, *Exhortación a la Filosofía*: introducción, traducción y notas”. En su maestría se especializó en este tratado de Jámblico que, normalmente, se conoce como *Protréptico*. Es profesor de griego y de latín en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y en la Universidad Panamericana. Es especialista en filosofía griega, sobre todo en las doctrinas de Jámblico, y está a punto de presentar su tesis doctoral sobre el tratado *Acerca de los Misterios de Egipto*, del divino y nunca bien ponderado Jámblico.

PATRICIA VILLASEÑOR CUSPINERA, maestra en Letras Clásicas por la Universidad Nacional Autónoma de México, es investigadora del Centro de Poética del Instituto de Investigaciones Filológicas, y profesora de latín y literatura latina en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha impartido e imparte cursos de etimología grecolatina y de lexicología. Trabaja cuestiones de retórica y de literatura latina de la época imperial; se dedica al poeta Estacio. Ha traducido libros y artículos del inglés y del alemán.

Palabras de César González Ochoa

Con sus cumplidos sesenta años de vida, no es ésta la presentación en sociedad de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. Su historia comienza en 1944, cuando se publica el primer volumen de las obras completas de Platón que incluye la *Apología*, *Eutifrón* y *Critón*, traducidos por García Bacca. Con este libro se inaugura una de las empresas culturales más importantes del México del siglo xx.

Con este acontecimiento ya más o menos remoto, entramos a formar parte del selecto grupo de países que, ya sea por medio de

instituciones universitarias o por editoriales privadas, han emprendido la tarea de publicar las obras de las tradiciones clásicas griegas y latinas en ediciones completas, con estudios introductorios de cierta calidad, dotadas de cierto aparato crítico y, en muchas ocasiones, bilingües. En este grupo está, por ejemplo, Francia, con la Société d'Édition Les Belles Lettres de la Association Guillaume Budé; está también Italia, con la colección *Classici Greci e Latini*, de la Biblioteca Universale Rizzoli de Milán; está Inglaterra, con la colección *Scriptorum Classicorum*, de la Bibliotheca Oxoniensis en la Universidad de Oxford; en Estados Unidos se publica la Loeb Classical Library en la Universidad de Harvard; en Alemania, la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana; y, para terminar con esta lista no exhaustiva, en España, un poco tardíamente se comienza a publicar la Biblioteca Clásica Gredos, que no es bilingüe pero sí tiene las otras características y es de gran calidad.

Las razones para emprender una tarea de traducción, edición y difusión de esa masa enorme de textos que nos ha legado la antigüedad grecolatina pueden ser múltiples y variadas; entre ellas las más obvias pueden ser poner a disposición ese acervo en español, difundir las culturas antiguas, educar; incluso puede haber razones comerciales. Más allá de esas razones está una que no puedo dejar de señalar: la búsqueda de lo que somos como pueblo, de lo que nos caracteriza, es decir, la cuestión de la identidad. Pero, ¿qué tiene que ver ser mexicano con la lectura de Tucídides o Jenofonte; por qué la lectura de los clásicos refuerza nuestra pertenencia a una cultura dada? Según Borges, el hecho de que una obra literaria o cualquier otra producción cultural tenga que definirse por los rasgos del país que la produce es una idea reciente y arbitraria; igual de arbitraria es la idea de que los escritores deben buscar temas restringidos a sus países. Shakespeare se habría asombrado si lo hubieran limitado a escribir acerca de temas ingleses; su producción nos dice lo contrario: Hamlet es de tema escandinavo, Macbeth es escocés, Romeo y Julieta es del norte de Italia aunque se había escrito muchas veces antes en diversos entornos; por ejemplo, en el de la historia de Píramo y Tisbe, que cuenta Ovidio en *Las metamorfosis*, libro que está en la colección que ahora presentamos, en una bella traducción de Rubén Bonifaz Nuño.

Lo que realmente nos pertenece no necesita estar impregnado de sarapes, enchiladas o del teponaztli, puede prescindir del color local. Buscar las raíces de eso que los nacionalistas llaman “lo nuestro” no quiere decir limitarnos a repetir los temas locales; la manera de operar de estos nacionalistas es que simulan venerar la mente de lo nacional pero limitan el ejercicio de esa mente a algunos pobres temas locales, como si los mexicanos sólo pudiéramos hablar de lo que nos rodea y no de otras cosas, por ejemplo, del universo en su totalidad. Pero lo contrario es lo cierto: nuestra tradición es la de la cultura de toda la humanidad, y allí la antigüedad grecolatina ocupa un lugar de privilegio; por eso tenemos el derecho a conocerla y a convivir con ella; nuestro patrimonio es el universo por entero; podemos y debemos tocar todos los temas, usar todas las formas; no tenemos que limitarnos a ser nacionalistas para ser nacionales.

Conocer la tradición occidental, apropiarnos de ella, es un imperativo cada vez mayor, sobre todo en esta época de globalización; sólo así podremos identificar ese algo que se denomina vagamente como “lo nuestro”. Decía Unamuno: “Hemos de hallar lo universal en las entrañas de lo local, y en lo circunscrito y limitado lo eterno”; es decir, sólo teniendo el universo como límite podemos hablar de nuestro pueblo.

Pero hay muchas otras razones para leer los libros de la antigüedad grecolatina. Ítalo Calvino llama “clásicos” los libros que constituyen una riqueza para quien los haya leído y amado, pero también para quien los lee por vez primera; son libros que fascinan porque se imponen como inolvidables, porque al ocultarse en los pliegues de la memoria se mimetizan con lo más profundo de nuestros recuerdos y llegan así a formar parte de nosotros mismos. Estos libros no necesariamente nos enseñan algo nuevo, algo que no sabemos; a veces descubrimos en ellos algo que siempre hemos sabido o hemos creído saber. Este hecho nos satisface como cuando descubrimos un origen. Por ello, cuando más creemos que los conocemos de tanto oír de ellos, más se nos aparecen como nuevos e inesperados cuando los leemos. Estos libros nunca terminan de decir aquello que tienen que decir. Por esa razón es necesario leerlos directamente y de la manera más fiel posible, y no en síntesis, comentarios o interpretaciones.

Platón, Horacio, Cicerón, etcétera, de la misma manera que Cervantes o cualquier otro que consideremos como clásico, son también condensadores de las distintas épocas culturales. Cuando los leemos, no sólo leemos lo que ellos escribieron sino también lo que han dicho o pensado de ellos los lectores de las distintas épocas; han llegado hasta nosotros con las marcas de las lecturas que preceden a la nuestra, con las huellas que dejaron las culturas que atravesaron.

La escuela secundaria, la preparatoria, a veces la universidad, insisten en que debemos leer los clásicos; pero si algo distingue este tipo de libros, es que no se leen por deber, ni siquiera por respeto. Sólo una lectura desinteresada puede conducirnos a lo que, a riesgo de parecer cursi, puedo llamar amor por un autor, a descubrir a nuestros clásicos. Yo tengo mi Platón y cada uno puede encontrar su autor, que es aquel que no puede sernos indiferente, que es aquel que nos define.

Un último argumento para mi invitación a leer a los autores de la antigüedad se basa en la pregunta que hace Manolito, un personaje de Mafalda: “¿para qué me va a servir el día de mañana saber que el Everest es navegable?” Dicho en términos más reales, ante la masa de problemas de la existencia cotidiana, ante el montón de libros que hablan de los problemas actuales y que parece más urgente leer, ¿para qué desperdiciar el tiempo leyendo cosas tan remotas, tan difícilmente aplicables a lo que interesa? Más simplemente dicho, ¿para qué me sirve leer los libros de esta Bibliotheca Scriptorum? Podría dar muchas respuestas, pero mejor la respondo con una anécdota y con eso concluyo. Dicen que mientras Sócrates esperaba que prepararan la cicuta que lo haría morir, él aprendía una pequeña composición musical en su flauta. Algunos le preguntaron para qué le serviría y él respondió: “para aprender esta pieza antes de morir”.

Palabras de José Molina

Podría parecer absurdo e incluso ridículo “presentar” una colección que lleva entre nosotros más de medio siglo. Más adecuado me parece hablar de “celebrar” la Bibliotheca Scriptorum Graecorum

et Romanorum Mexicana, pues habría más de un motivo para hacerlo. Sin embargo, creo aún más urgente cuestionar la pertinencia de editar a los clásicos grecolatinos.

Me pregunto, pues, y les pregunto, si vale la pena editar los textos clásicos y si esa edición debería presentar el texto griego o latino, es decir, si esa edición debiera ser bilingüe.

Afirmemos, sólo como hipótesis, que los clásicos merecen ser editados. De hecho, se editan, y son muchas las ediciones destinadas a satisfacer los requerimientos de quienes, por simple curiosidad o por deber escolar o por otra peregrina razón, dedican tiempo a los clásicos grecolatinos; a menudo se trata de ediciones “populares”, de bolsillo, a precios módicos, de tamaño relativamente pequeño, no pocas veces con materiales de mala calidad; desde grandes tirajes de editoriales prestigiosas, hasta ediciones rústicas de imprentas desconocidas. Allí están, sin duda, *La Ilíada* y *La Odisea* de Homero; las tragedias de Esquilo, de Sófocles, de Eurípides; las comedias de Aristófanes (más raramente las de Plauto o Terencio, por no hablar de las de Menandro); las *Historias* de Heródoto; quizá las obras históricas de Jenofonte y la siempre emocionante *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides; algunos de los diálogos de Platón; la *Eneida* de Virgilio; no todas las obras de Cicerón, y más raramente los discursos de Demóstenes; algunas páginas de Séneca. En fin, se encuentra acaso lo más representativo, tal vez lo más importante, dirá alguno; el caso es que hay un número de obras clásicas grecolatinas que editorialmente sigue y seguirá vigente. Enhorabuena; no importa dónde y cómo se edite, con tal que se sigan leyendo esos autores; con tal que se logre mantener un grupo de fieles lectores de los clásicos, páginas a la deriva, entre libros y librerías que se van a pique. Nadie con un mínimo de sensatez podría afirmar que no vale la pena editar a estos autores; aun desde el punto de vista financiero y groseramente económico se puede considerar que tienen un público cautivo.

Se podría añadir, como segunda hipótesis, que también vale la pena editar libros de autores clásicos grecolatinos no tan conocidos o no tan afamados, por el hecho de haber atravesado el largo camino de los siglos. Casi se puede aceptar gratuitamente que la calidad e importancia de esas obras están fuera de duda. Sin embargo, el editor de libros no piensa así. Esos libros no son negocio ni llegan

a los grandes públicos. Estas obras las editan, normalmente, instituciones de educación superior, universidades, centros de investigación. Sin embargo, alguna de estas obras, con una pequeña difusión o mediante algún mecanismo que reactive la vigencia de algún autor clásico, podrían tal vez ser aceptadas como de interés dentro de algunos grupos. Pienso, por ejemplo, en la *Enéadas* de Plotino, en algunas obras poco conocidas de San Agustín, o en algunos de los tratados de Orígenes; en Flavio Josefo, en los poetas líricos griegos, o en los poetas y filósofos de época helenística, o en las obras de Isócrates y de Lisias.

Si se acepta que vale la pena editar a los clásicos, surgen proyectos editoriales interesantes tanto de particulares como del estado. Todos conocemos colecciones como Nuestros Clásicos, de la Universidad Nacional; Cien del Mundo, de la SEP; “Sepan Cuantos...”, de Porrúa; la Colección Austral, de la Editorial Espasa-Calpe. Por otra parte, los españoles han encontrado vacante un mercado que no hemos sido capaces de satisfacer, pues no son pocas las ganancias que de nuestros bolsillos han sacado Gredos, Akal y Alianza. Es una pena porque también nos hemos hecho dependientes y menos libres, en la lectura de los clásicos, un rubro que en principio debería ser fuente de autonomía y libertad.

Así pues, se han editado, se editan, y todo indica que se seguirán editando los clásicos. Se nos pueden ocurrir muchas explicaciones de este hecho y, sin embargo, existe la idea de que se debe promover más la lectura de los clásicos grecolatinos.

Se puede pensar también que los clásicos guardan un valor intrínseco, que valen por sí mismos; además se cree que su lectura ha enriquecido las culturas que los siguieron en el correr del tiempo, y descubrimos su poderoso influjo en las literaturas europeas y americanas, en nuestra tradición cultural, y cultivamos la esperanza de que su semilla florezca entre nosotros. Se exhorta a los jóvenes: “lean a los clásicos, vale la pena”. Miramos a nuestras sociedades y creemos que podrían mejorar si tan sólo se dedicara más tiempo a la lectura de los clásicos; seguimos soñando, junto con Platón, en gobernantes filósofos, en príncipes ilustrados, en políticos humanistas. Miramos alrededor donde nos espera, como balde de agua fría, la indiferencia, la apatía, la mezquindad, la violencia. No nos oyen, y tal vez la causa sea que nosotros tampoco hemos oído a

nuestra sociedad. Y debemos reconocer que Platón y Aristóteles, Homero y Virgilio, Cicerón y Demóstenes, no son importantes; ellos, aunque nos pese, están bien muertos; los vivos, ustedes y yo, nuestros alumnos, la juventud, la clase política, la sociedad entera, debían de ser nuestra preocupación; todos nosotros somos los importantes, y los clásicos deben cobrar importancia sólo en la medida en que puedan enseñarnos a modificar nuestra cultura, nuestra sociedad; si no, corremos el riesgo de leerlos como autómatas; el riesgo de tener ojos y oídos, sin escuchar ni ver; el riesgo de repetir estólidamente en las aulas la *Crambe repetita*, la col agria, de que habla Juvenal.¹ Los clásicos, me parece, no deberían ser sólo idolatrados o alabados; si bien es cierto que no se editan con ese fin, pero si ése es el resultado, probablemente ya no deberían editarse.

Inversamente, se podría pensar, como opina Pedro Tapia, que si quitaran de nuestras sociedades la filología, no pasaría nada, y que en nuestra realidad eso significa que todo seguiría igual, es decir, igual de mal.² Si hacemos filología, y eso ya lo sabía el Sócrates de Platón, es porque no somos misántropos; amamos la palabra porque amamos al ser humano, porque seguimos creyendo que, mediante la palabra, podemos llegar a ser lo que somos, y dar cabal cumplimiento a aquello que estamos llamados a ser. Por eso vale la pena editar a los clásicos, porque su lectura estimula nuestra inteligencia para solucionar nuestros problemas, sobre todo los de nuestro espíritu; con ellos aprendemos que hay gozos que son del alma, de esos que se acrecientan cuando más gente participa de ellos. Dicho de otra manera, vale la pena editar a los clásicos, cuando a esa labor de edición la acompaña la filología, que hace de la lectura de los clásicos el inicio de la propia libertad, el principio de la realización personal; cuando esa edición despierta el humanismo que no sólo a los clásicos, sino también a nosotros nos llenará de gloria.

¹ Cfr. Juv., VII, 154: *occidit miseros crambe repetita magistros*, “mata a los míseros maestros comer tanta col”.

² Cfr. Pedro C. Tapia Zúñiga, “Hablemos del amor...”, en Clark de Lara, Belem, y Fernando Curiel Defossé (coord.), *Filología mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Filológicas (Ediciones especiales, 23), 2001, p. 256.

A este objetivo contribuyen, sin duda, las dos ediciones bilingües de la UNAM. La más pequeña es la colección Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos; en ella aparece algunas veces, no siempre, el texto original griego o latino. La otra es el motivo de nuestra presencia en esta sala: la colección Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. Para aquilatarla y justipreciarla como se debiera podríamos relacionarla con una imagen llena de colorido y de no poco romanticismo patriótico: hacia el inicio de los años veintes, a lomo de mula se encaminaban hacia los pueblos más distantes, los 50 volúmenes de aquella colección por todos conocida, llamada “Los clásicos”. Se trataba del proyecto de José Vasconcelos, nuestro “Ulises criollo” como él quiso llamarse en su autobiografía, entonces secretario de Educación Pública, y de quien heredamos no pocas riquezas; entre otras, el lema de nuestra Universidad. Poblaciones que ni siquiera sabían leer veían llegar esos libros, no con la mirada necia del que comenta “y eso, ¿para qué sirve?”, sino como una promesa de que con esos libros llegaba una posibilidad real y verdadera de alzarse a la altura más sublime que ha tenido la humanidad.

¿Qué se puede decir de la Scriptorum?, como se la llama. Fundada hacia mediados del siglo pasado, esta colección se destina fundamentalmente, y vale la pena subrayarlo para entender muchas de sus características formales, a quienes desean aprender las lenguas clásicas. De esa manera, sin duda, la Scriptorum hace que la Universidad Nacional Autónoma de México cumpla con excelencia los objetivos que le encomendó la nación mexicana: “conservar la cultura y difundirla, aumentarla por obra de investigación y de creación, organizar y defender el alma nacional, reglamentar y crear el profesionalismo, colaborar en la educación pública construyendo una aristocracia del espíritu y con ella aconsejar y dirigir los destinos patrios”.³

Pero una visión más profunda sobre lo que pretende la Scriptorum, podría hacer comprender que ella es parte de la solución a los problemas del país, más amplia y más profunda que un segundo

³ Cfr. José Vasconcelos, “De Robinson a Odiseo. La Universidad”, en *José Vasconcelos y la Universidad*, intr. y sel. Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Politécnico Nacional, 1987, p. 206.

piso en la Ciudad de México, porque tiene que ver también con preguntas más fundamentales para nuestra existencia, las mismas de siempre: ¿Quiénes somos? ¿Cuál es nuestro origen y nuestro destino? ¿Quién es Dios? ¿Qué es el mundo? ¿Cómo podemos ser felices?, o bien, las preguntas que Kant reservaba para una filosofía en sentido universal y no meramente académico: ¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me cabe esperar?, las cuales, según él mismo, se sintetizan en la pregunta: ¿Qué es el hombre?⁴

En un ámbito más restringido, el de los estudios clásicos, puede verse que, de una manera casi misteriosa, el camino de nuestra emancipación en ese terreno pasa, sin duda, por el aprendizaje más cabal y más profundo de las lenguas griega y latina, al que precisamente la Scriptorum quiere contribuir. Por ejemplo, en nuestras bibliotecas no se hallan todas las revistas y artículos de bibliografía secundaria, y es común quejarse de ello y sufrir por no tener al menos un amigo que vaya al extranjero para que nos traiga ese artículo que tanto necesitamos; sin embargo, en tanto no nos preocupemos por la competencia lingüística, querer leer la *Révue des études grecques* o cualquier otra prestigiosa revista de filología, sin conocer las lenguas de las fuentes en donde abrevan quienes escriben en ellas, es como querer alimentar a quien no respira.

Por eso, en más de un sentido, esta colección es una apuesta a que las generaciones futuras de estudiantes de letras clásicas puedan hacer la más alta filología, puedan ejercitar la lectura de los textos originales, y las capacidades en ella implicadas; a que sean capaces de extraer como se quiere las más excelentes lecciones del humanismo más elevado.

Si llega a cumplirse la promesa que lleva dentro la edición bilingüe de los clásicos grecolatinos, la Universidad Nacional Autónoma de México, cuyo escudo muestra a toda Latinoamérica, habrá de ser origen y destino del verdadero progreso de nuestra raza, por la que el espíritu habla. Pero ella misma, la Scriptorum, es ya realización, aunque incipiente, de la utopía que propone; los clásicos grecolatinos pueden ser herencia no sólo de la Europa desarrollada, sino de la humanidad entera, porque ya son nuestra herencia.

⁴ Cfr. Immanuel Kant, *Logik. Ein Handbuch zu Vorlesungen*, Leipzig, Dürr'schen Buchhandlung, 1904, p. 27.

No esperamos la palabra ajena, sino que decimos la nuestra, cuando, al fin solos, con ojos propios, podemos leer a los clásicos, y conseguimos hacer verdadera filología: amando sí a los clásicos grecolatinos, amando sus textos, pero también amando a aquellos con los que podemos hablar, nuestros semejantes.

Palabras de Patricia Villaseñor Cuspinera

Hablar de la colección llamada *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana* significa hablar del estudio de la antigüedad clásica en México, en el siglo xx. Para bien o para mal, esta colección refleja nuestra manera de percibir el mundo clásico, nuestras carencias y nuestras geniales intuiciones, nuestro conocimiento y nuestra ignorancia. Por sesenta años, la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana* ha sido el vehículo por el cual recordamos la herencia fatal de los clásicos, y la llamo fatal porque, aun al inicio de este siglo xxi e inmersos en nuestra civilización global, nosotros, los mexicanos, no podemos evitar pertenecer a la cultura occidental, con todos sus defectos y cualidades, y esa civilización tuvo su origen en el pensamiento del pueblo griego que, en un primer momento, se transmitió a través de la lengua y la cultura de los romanos.

Desde sus inicios, la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana* parece tener un doble objetivo: el primero, sin duda, es el de proporcionar, en ediciones bilingües, los textos de los autores griegos y latinos que se han conservado; el segundo, menos claro quizás en un comienzo, pero explícito en varias de las obras, es el de ayudar a estudiantes de griego y de latín a aprender esas lenguas, al confrontar los textos con su traducción. Así pues, sus destinatarios son, por un lado, los estudiantes (siempre escasos) de las lenguas y las literaturas griega y latina; por el otro, todas las personas que quieren conocer el mundo antiguo en sus textos “originales”.

La colección se ha formado muy lentamente y aún falta muchísimo para que se pueda decir que está completa. Sin embargo, en ella podemos encontrar (con algún trabajo, eso es verdad) muchas de las obras más importantes de la antigüedad clásica, comenzando

por el poema fundador de la literatura occidental, la *Ilíada* de Homero. Están las obras de Hesíodo y de Heródoto y los fragmentos de Gorgias; también están muchos diálogos de Platón, y hay que señalar que lo primero que se publicó en esta colección, en 1944, junto con los *Elementos de Geometría* de Euclides, fueron el *Eutifrón*, la *Apología* y el *Critón*. También está aquí la encantadora *Ciropedia* de Jenofonte, además de sus *Recuerdos de Sócrates*, su *Apología* y su *Banquete*. Se encuentran también las comedias de Menandro; varias obras fundamentales de Aristóteles; discursos de Demóstenes, Lisias y Eratóstenes, el poema astronómico de Arato, los himnos y epigramas de Calímaco, además de un tratado atribuido a Hipócrates sobre la medicina antigua y la *Iniciación a la dialéctica* de Galeno. También hay algo de la literatura griega imperial, como el tratado *Acerca del Destino* atribuido a Plutarco, la novela pastoril de *Dafnis y Cloe* y los *Pensamientos* de Marco Aurelio.

En cuanto a la literatura latina, en la colección están todas las comedias de Plauto y de Terencio, los dos *Comentarios* de Julio César, la obra de Salustio, la de Varrón y la de Nepote. De Cicerón se tienen casi todas las obras filosóficas, la mayoría de su obra retórica, su correspondencia con Ático, y varios discursos. Se encuentran también los poemas de Catulo y el poema filosófico de Lucrecio; la obra entera de Virgilio, la de los elegíacos Tibulo y Propertio, la mayor parte de los poemas de Ovidio, así como las *Epístolas* y las *Sátiras* de Horacio y el inicio de la obra monumental de Tito Livio. Del período imperial están algunas obras de Séneca, el *Satiricón* de Petronio y la *Farsalia* de Lucano y las églogas de Calpurnio Sículo; también las sátiras de Persio y de Juvenal, las “obras menores” de Tácito y sus *Historias* y *Anales*; las *Noches áticas* de Aulo Gelio y algunas obras de Apuleyo. Si alguien busca datos más precisos, existe un *Catálogo* de los primeros cien volúmenes de la colección.

Ahora bien, el objetivo de la colección determinó sus características: se trata de ediciones bilingües; así pues, todos los libros que la conforman tienen el texto griego o latino, la traducción frente a ese texto e, indefectiblemente, un cuerpo de notas (generalmente dividido en dos: notas al texto griego o latino y notas al texto español) y una introducción. Fuera de ello, todo varía: quizá por-

que cada traductor piensa en destinatarios diferentes, los volúmenes de la Bibliotheca son muy distintos.

Comencemos por los textos originales (griegos o latinos): no se trata de hacer ediciones críticas... ni ha sido nunca el propósito de esta colección el hacerlas, ni se pueden hacer, porque en México es extremadamente difícil el acceso a manuscritos; así pues, generalmente se adopta un texto que ya ha sido editado por algún filólogo eminente: el que se tiene más a la mano (bueno o malo, viejo o nuevo), o el que se considera el mejor. Algunos volúmenes contienen textos revisados, como el de Hesíodo de A. Paola Vianello y el que hizo Gerardo Ramírez Vidal de los discursos de Andócides, y me temo que ello sólo provoque orgullo en quienes lo hacen, sin que los lectores se percaten del trabajo y sin que los especialistas lo tomen en cuenta. Quizá lo mejor sería dejar el texto tal como se editó en algún otro lado, con aparato crítico y todo, por si algún lector quiere conocer la edición original: así se ha hecho en algunos volúmenes de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana.

Mucho podría hablarse sobre las traducciones: todos hemos oído quejas sobre la literalidad de muchas de ellas, que a veces resulta casi una simple transcodificación. No es éste el momento de alegar algo acerca de este método de traducción; yo sólo quisiera señalar que, en la mayoría de los volúmenes, los traductores avisan al lector de lo que puede esperar; no se les puede pedir otra cosa. Hay que señalar que muchas de las traducciones de las obras en verso pretenden seguir un sistema o método que inició Méndez Plancarte y que han seguido Bonifaz Nuño y otros discípulos suyos: se trata de apegarse al texto original con estricta literalidad y con la intención de trasladar la métrica antigua al verso español. El sistema se ha transferido también a la prosa, y en ello destacan el propio Bonifaz y algunos otros, como Bulmaro Reyes y José Tapia. Sin embargo, no todos los volúmenes de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana tienen traducciones tan literales; algunas son, diría yo, fieles al texto original, pero no absolutamente literales (pienso en las de P. Tapia, R. Heredia y A. Millares Carlo y, en general, las de los españoles del exilio que comenzaron esta colección); otras más son plenamente parafrásticas (como las de Antonio Gómez Robledo, sospechosamente parecidas a las tra-

ducciones francesas, y las de Rafael Salinas, que expresan audazmente el conocimiento político y jurídico que el autor tenía del período ciceroniano y su manejo de la lengua española).

La parte llamada “notas” es de lo más diverso: en algunos de los volúmenes, realmente la minoría, hay notas de crítica textual. En otros hay notas gramaticales o retóricas, eruditas o triviales, útiles e inútiles, escasas o abundantes.

Los traductores son casi siempre los autores de la introducción y, en estas “introducciones”, de profundidad y extensión variables, es muy evidente la formación diversa de cada traductor: filósofos, poetas, filólogos, reflejan su pensamiento en la manera en que abordan cada autor y cada obra. Hay introducciones bellamente literarias, otras tienen propuestas novedosas e interesantes; muchas son bastante tradicionales; otras son polémicas y, hay que decirlo, una que otra es tonta y enteramente prescindible.

Esto es, pues, lo que uno encuentra en la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*. Quienes se han encargado de ella han conservado su ideal editorial: buscar investigadores del mundo clásico que, en México y, de preferencia, dentro de la UNAM, traduzcan textos importantes de la antigüedad clásica a partir del griego y del latín. No hay exigencias fuera de las propias de la colección: a nadie se apresura a que termine su labor, a nadie se presiona para que la realice de una forma determinada o para que trabaje un autor o una obra que no corresponda a sus intereses particulares. De manera natural, la colección se alimenta de la investigación que se hace en el Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas, pero no existe una relación mutua e ineludible entre la *Bibliotheca* y el Centro: ni todos los traductores pertenecen a esa dependencia universitaria, ni todos los trabajos de ésta se publican en la colección. Lo que se busca es siempre la mejor traducción mexicana actual de un texto clásico; si, como decía al principio, los volúmenes de la colección resultan un reflejo del estado de nuestros estudios clásicos, quizá no siempre se logre una traducción que sea realmente buena y quizá esa traducción no corresponda realmente al español de México. Sin embargo, la colección es apreciada y conocida por los filólogos de América latina, y hay volúmenes (como los fragmentos de Gorgias) que se leen con placer y provecho en toda la región y que tienen fama por su excelencia; otros, no tanto.

En este momento, habría que preguntarse si aún tiene validez el proyecto de la BSGRM. Alguien podría decir que su objetivo inicial, dar a conocer en México los textos clásicos, está ahora cumplido por nuestros recursos cibernéticos: cualquiera puede encontrar en *Internet* el texto de casi todos los autores clásicos que le interesen; en cuanto al propósito de presentar una versión española actual de esos textos, lo cumple el mercado internacional: las traducciones de la Biblioteca Clásica Gredos se encuentran en los puestos de periódico. En cuanto al segundo objetivo, que en palabras del codirector actual de esta colección, Bulmaro Reyes, es la de participar activamente en la educación de la juventud mexicana, ¿puede lograrse en nuestra época de educación tecnológica y lectura *light*? No es nada fácil leer los libros de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana: dejemos de lado el latín o el griego, que para muy pocos eruditos resultan fáciles; tampoco el español de las traducciones es fácil, sobre todo para estudiantes que tienen un escaso vocabulario y un muy vago conocimiento de la sintaxis; a veces, los estudios introductorios resultan bastante pesados para quien no conoce los recovecos del ambiente filológico.

Sin embargo, nuestras limitaciones y nuestras exigencias como lectores no opacan en nada el mérito de esta colección. Si los volúmenes individuales no satisfacen las expectativas que en un momento dado tenga un lector particular, ello no afecta el proyecto de la BSGRM. ¿Cuál sería, pues, el mérito de esta colección?

En primer lugar e indiscutiblemente, se trata de la única colección bilingüe de textos clásicos con traducción en español en el ámbito latinoamericano y, por su ambicioso alcance, la única en el ámbito hispánico. Claro que existen otras colecciones bilingües: la inglesa, la Loeb Classical Library, la francesa de la colección de las Universidades de Francia (la llamada de las “Belles Lettres”), y la alemana, la Universal-Bibliothek de Reclam son paradigmáticas; también está la colección catalana Bernat Metge. La calidad y originalidad de sus traducciones y estudios (exceptuando tal vez la catalana), son indiscutibles. Si algunos encuentran una profunda diferencia entre lo que hay en esas colecciones europeas y la nuestra, hay que reconocer también que su tradición filológica es mucho más antigua que la mexicana: podríamos decir que tiene al

menos seis siglos, y nuestra colección tiene sólo seis décadas... aún estamos aprendiendo.

Además, las ediciones de la Bibliotheca son académicas, no comerciales, y su publicación no obedece, a diferencia de Gredos y de otras casas editoriales, a la oferta y la demanda. No hay que pensar que los traductores de estos libros son especialistas geniales de las lenguas clásicas; baste leer con un poco de cuidado esas obras (yo conozco las *Silvas* de Estacio, la *Teriaca* de Nicandro y los *Fenómenos* de Arato), para darse cuenta de su estrecha dependencia de las publicaciones inglesas y, más estrechamente, de las francesas. Por ello, puedo afirmar que, sin esta colección, sería muy difícil que el público mexicano llegara a conocer a esos autores que llamamos clásicos: los volúmenes de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana son baratos teniendo en cuenta la alta calidad de su edición.

En segundo lugar, esta colección es ciertamente muy útil para quienes están aprendiendo latín y griego y para los profesores que enseñan esas lenguas; al comenzar a estudiar a los autores clásicos, uno se encuentra continuamente con problemas de lengua, y es un alivio poder recurrir a los expertos que ya encontraron alguna solución a esos problemas; por poquito que uno sepa de la lengua original, al comparar el español con el texto griego o latino, uno intenta comprender lo que ese texto dice y, a partir de ello, puede valorar el esfuerzo del traductor, y la fuerza de la expresión original, griega o latina.

Finalmente, y creo que ése es el mérito principal de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, los estudios y las traducciones que se publican en esta colección representan la labor de investigación original de un filólogo mexicano; así el público sabe lo que se hace en este ámbito, pero, sobre todo, cada uno de esos volúmenes se convierte en un punto de partida para nuevas investigaciones en el inagotable campo de la antigüedad clásica, y muchas veces es el inicio del conocimiento de la lengua de un autor, de su estilo, de su pensamiento, de su época y de su trascendencia.

Por ello, nos guste o no nos guste, la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana es, sin lugar a dudas, el máximo orgullo de la UNAM en el ámbito internacional de las humanidades.